

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

MERCEDES DE LA GARZA, *Aves sagradas de los mayas*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, 138 pp.

Entre la multitud de símbolos que los mayas concibieron, Mercedes de la Garza ha elegido interpretar los relacionados con la naturaleza. En sus obras anteriores se ha ocupado de reptiles, felinos y plantas psicotrópicas; ahora incursiona en un nuevo ámbito: las aves, que al dominar el cielo se acercan a los dioses, pero por su origen terrestre comulgan con los hombres.

La relevancia de las aves es patente en todas las religiones; su vuelo las predispone para ser símbolos de las relaciones entre el cielo y la tierra, reflejo de la amistad entre dioses y hombres, mensajeras o auxiliares de las divinidades. En algunos pueblos significan ligereza, liberación de la pesadez terrenal, imágenes vivas de la libertad divina, sacudida de las contingencias terrenas. Manifiestan también la inmortalidad del alma, esa alma que se escapa del cuerpo, o bien de las funciones intelectuales que lo abandonan; asimismo, son alegoría de los estados espirituales, de los estados superiores del ser, del vuelo exótico del chamán; quien entiende el lenguaje de los pájaros comprende el lenguaje de los dioses. Su vuelo es presagio de diversos acontecimientos, sinónimo del destino humano. Pueden ser símbolo del poderío y de la vida, a menudo de la fecundidad. Aves nocturnas que se asimilan a los aparecidos, las almas de los muertos que gimen en su antigua morada (Chevalier y Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Editorial Herder, pp. 154-158).

Dentro de este complejo mundo simbólico, Mercedes de la Garza se decidió a desenmarañar su significado en los no menos indescifrables mayas. Incursionó en el símbolo, uno de los paradigmas del ser y fundamento de todo cuanto es; la idea en su sentido originario, el arquetipo que vincula el existir con el ser, el puente por el que ese ser se manifiesta a sí mismo; el símbolo que es el instrumento de la creación y del retorno del mito.

La autora nos explica el símbolo y lo simbolizado manejando conceptos y metáforas con un lenguaje claro, nos invita a penetrar en un mundo sagrado, tal vez antes inaccesible. Interpreta diversas fuentes indígenas y españolas, mitos y tradiciones, lleva a cabo una búsqueda minuciosa de las figuras de aves en toda la plástica maya: códices, estelas, tableros, esculturas, cerámica, pintura; ardua tarea no sólo por el abundante material, sino también porque se enfrenta a esa extrema sensibilidad del arte maya, que combina diversas ideas en una sola figura, pero al final logra integrarlas en un complejo coherente.

Gracias a que la autora aplica una metodología propia, heredada de los grandes historiadores de las religiones y resultado también de sus propias búsquedas y de su conocimiento e interés por el mundo de la naturaleza, igual al que tuvieron los pensadores mayas, y desde luego a los años de estudio que ha dedicado a esa cul-



tura, la doctora De la Garza ha sabido captar en su ya extensa obra la esencia de la religión maya. Ella logra compenetrarse de un mundo ajeno, donde el concepto básico es la unidad de los grandes opuestos universales y donde cada uno de estos contrarios posee su propia ambivalencia.

Con ella podemos disfrutar del vuelo del quetzal, que semeja el suave y ondulante movimiento de la serpiente, de todas aquellas aves o combinaciones sagradas con otros animales que simbolizan al dios supremo, a Itzamná. Así, señala la autora, el dragón, el pájaro-serpiente, no es sólo epifanía del dios celeste, sino que también constituye el gran útero universal y es alegoría del agua con su poder creacional. También nos enseña cómo ese pájaro-serpiente se identifica con Bolon Dz'acab, deidad de la vegetación, afirmando que esta deidad es otro aspecto del ser supremo.

Descubre pájaros celestes que acompañan a los gobernantes en sus barras ceremoniales, plumas del quetzal que adquieren cualidades del ave y componen los atavíos de los grandes señores, asimilando con ello la energía vital que viene del cielo; aves que, en resumen, otorgan el poder divino a los gobernantes y a las imágenes de los dioses que a su vez los acompañan.

Otras aves que de igual modo forman parte de la imagen cosmológica, son el cenxontle o la vistosa oropéndola, que se posan sobre cada una de las ceibas sagradas mimetizándose con los cuatro colores del universo, por lo que representan los rumbos cósmicos y, una vez más, señala De la Garza, son imágenes del dios creador. Esa deidad celeste también tuvo un aspecto nocturno, esta vez en figura del ave *mut* y del hocofoaisán.

Recorriendo junto con Mercedes de la Garza el camino de los dioses, nos encontramos en el ámbito solar, donde surge otro aspecto del dragón, que se manifiesta en la guacamaya, el colibrí, el águila, la chachalaca y la urraca distintos

aspectos de su sacralidad. Quien haya observado volar a la gran guacamaya de plumas rojas, amarillas y azules en el cielo de las selvas del sureste, comprenderá por qué los mayas la eligieron para encarnar el fuego del Sol; ave que si bien otorgaba la energía sobre la tierra, provocaba la sequía, y poseía un carácter guerrero y por ende destructor y portador de enfermedades. O bien el colibrí, que por sus peculiares características biológicas fue elegido como alegoría de la energía sexual del astro solar, quien fecunda a la flor para dar lugar al verdadero Sol, por lo que también esta ave se identifica con la gran deidad creadora.

Mención especial requiere el águila, y no es fortuito que simbolizara el aspecto guerrero del astro luminoso, sus rayos son alegoría de las flechas que hieren a los mortales; o bien, puntualiza la autora, la gran ave se relaciona con los gobernantes chamanes, por ser uno de los alterego zoomorfos de los más poderosos; por sus propias características esta ave es alegoría del poder político.

La autora penetra en el mundo de la muerte, lo sagrado negativo, donde existen aves que proceden del inframundo y que transportan esa energía de muerte a los espacios siderales. Zopilotes vinculados con la Luna, el astro nocturno, aves que aparecen en escenas de sacrificio devorando las entrañas de las víctimas, anunciando presagios funestos, cuya función es, por otro lado, limpiar al mundo de la presencia de la muerte.

Por demás interesante es la identificación del ave *moan*, cuyas características sobrenaturales han confundido a diversos estudiosos. De la Garza encuentra que se identifica con un búho o tecolote cornado, epifanía del dios de la muerte, quien de esta manera se manifiesta en seres celestes para desplegar su energía destructiva. O bien descubre que el búho, vinculado por supuesto con augurios de muerte, a su vez se asocia con el dragón celeste, con Itzamná.



La última parte del libro trata sobre aquellas energías divinas encarnadas en aves que protegen o propician al hombre al desarrollar sus actividades, como por ejemplo la garza, animal acuático y por ende vinculado con Chaac, si bien es un símbolo de poder, también es causante de la sarna y una vez más esta ave se revela ligada a Itzamná. Fragatas y pavos ocelados que acompañan al hombre en sus sacrificios, otros como el cuervo se vinculan con el maíz, para terminar con el gavián, mensajero de los dioses y proveniente del inframundo.

Paso a paso, a través de la lectura del libro recorreremos el cosmos maya, y gracias a los diversos enfoques a los que recurre la autora, re-

sulta de interés no sólo para los dedicados a las culturas mesoamericanas, sino a otras disciplinas, como la biología o la zoología, en apariencia tan alejadas de la nuestra, pero que juntas conforman el conocimiento universal.

El libro *Aves sagradas de los mayas* resulta sumamente oportuno, ante las lujosas publicaciones extranjeras que se ocupan de la cultura maya, y que son ampliamente difundidas: tenemos un estudio hecho en México, por una mexicana, lo que la acerca más a la cultura creadora; no hace falta mencionar que a lo largo de su obra se refleja un profundo rigor científico y el amor por su trabajo.

MARTHA I. NÁJERA C.